

eran filósofos de profesión y técnica. Algunos escribieron poemas. Sócrates conversaba. Platón nos dejó unas escenas dialogadas. Con Aristóteles empieza la redacción tecnificada de la filosofía, pero no es su destino excluyente ni, por favor, deja en mantillas a los maestros que lo precedieron. Hay pensadores del entendimiento, como los llama Hegel (y los ejemplifica respetuosamente: Maquiavelo y Montaigne) que no son pensadores de la razón como órgano universal e impersonal del conocimiento, pero sí que son productores de saber.

Rossi sigue esta pista. Sutilmente impugna a quienes desvalorizan el decir filosófico desprovisto de tecnicismos, pobreza que lo derogaría, justamente, de su estatuto de filosofía. La hipérbole profesional de la filosofía hace que pensemos que los filósofos se ocupan de cosas de filósofos, de inquietudes que afectan a un cogollo de mandarines, y que esta especialización hace de la filosofía un campo temático redundante, el espacio filosófico. Las conquistas, siempre provisionales, y los enredos y peloterías de la filosofía son asuntos de familia, de la estirpe de los profesionales.

Radicalmente, insiste Rossi, no: «A la buena filosofía se llega siempre desde problemas no filosóficos». Es lo que hizo, incansablemente, Ortega. Vagar por las plazuelas y los caminos, los mentideros y las tertulias, por no citar otros establecimientos urbanos más picantes a los que van también los filósofos, recoger las insistencias de los seres humanos, ponerlas en fila (en teoría) y darles forma. Dar forma al amorfo transcurrir de la vida en común, a la historia. Esa formalización y, por momentos, esa formulación, es la tarea del filósofo, del que ama saber, del que se aficiona amorosamente al saber, aunque no llegue a saber, del todo, nada. Una tarea erótica, como se va viendo.

Valéry se preguntó alguna vez quién sabía más, si el filósofo o su cocinera. Opinó que sabían lo mismo, salvo en materia gastronómica, de la cual sabía más la cocinera. No es el cuánto del saber lo que distingue a estos dos oficios, sino el modo de saber. La cocinera dice con seguridad: «Soy cocinera». El filósofo no se pregunta qué es la cocina, porque eso lo saben su cocinera y las demás cocineras, sino qué es el ser, el suyo, el de la buena señora y el de todos los demás.

La conclusión valeryana y orteguiana sería una suerte de filosofía para cocineras. Exagero, desde luego, con intención didáctica. Pero amplío: la filosofía es para todos en tanto es de todos, se ocupa de lo que nos preocupa a todos. La mayor parte de esos todos lo ignora; el filósofo, lo sabe o, al menos, intenta saberlo. Por eso tiene razón Rossi: la filosofía se emplea en cosas no filosóficas, aunque lo haga con método filosófico y acuda a un vocabulario específico, que no es general, como el de cada

ciencia acotada, sino propio de cada filósofo. Con ello vemos que la filosofía es también algo personal y, en tanto la persona se hace universal en la palabra, algo igualmente universal. Sabemos poco de la vida de Parménides, mucho de la vida de Schopenhauer, nada de Hermes Trismegisto o Pitágoras, siquiera si existieron realmente. Poco importan tales minucias: ellos son nuestros filósofos. Nosotros somos ellos en la medida en que nos siguen interpelando y señalando el incansable apetito de saber que se acrecienta con el banquete. Aun cuando digan lo que no nos gusta o no nos convence. Nos disgustan y nos desazonan a nosotros. A cada momento, con lugar y fecha.

Rossi subraya lo que Ortega insiste en señalar: todo saber es circunstancial, se hace y se deshace en nuestras singulares condiciones históricas, de eso que nos rodea y que podemos hasta ignorar, pero que nos constituye. Lo mejor es circunstanciarnos, hacer nuestra la circunstancia objetiva que, en principio, es ajena, enajenante, alienante. Saberla es liberarnos. Todo saber es la encarnación de las ideas, que no tienen historia, en las creencias, en las cuales estamos, vivimos, nos articulamos, nos somos o, por mejor precisar: nos vamos siendo. En ello se nos va la vida, que es tiempo mortal, pero nos queda ella, la compañera inderogable, la desenfrenada y disciplinada filosofía.

Los temas de la filosofía son siempre temas de nuestro tiempo. A veces con un perfil de amable complacencia, otras con desesperación existencial, otras con repugnancia por los vicios de nuestra condición. Nos alimentan, nos envenenan, nos curan con sustancias medicinales o con pases mágicos de palabras oportunas. Y filosofar, concluye Rossi, es organizar expediciones a tierra de infieles, en el seno de la humanidad que ignora lo que sabe y que ha de hacer de esa docta ignorancia, algún tipo de sabiduría.

Vivimos en nuestra circunstancia y estamos siempre yendo más allá de ella, a esa tierra de infieles, porque no nos basta y hemos de quitarle su mera inmediatez circunstancial para convertirla en conocimiento.

Ortega propone para esta labor el nombre de salvación. No se trata de salvar a quien está en peligro de condenarse, porque la historia humana no acaba nunca de penar o absolver a sus sujetos, es decir a nosotros mismos. Se trata de salvar o ir a través (de *se sauver* como dicen los franceses) de lo singular, por nimio que sea, y advertir en su fugacidad el latido de lo universal. Por eso, para la filosofía no hay temas nimios, porque no hay circunstancias nimias si se acierta a universalizarlas.

En este sentido, nada más propio de la filosofía que el ensayo, la tentativa o intento de saber. Como cuando nos enamoramos sin advertir con cla-

ridad si el ser amado es quien es o creemos que es. Ortega nos ha propuesto esta infinita aproximación a ese algo que, por lejano o inaccesible que parezca, es lo deseable de nuestra condición humana. Ortega nos quiere intentadores, ensayistas. Rossi ha conseguido su lugar entre los postulantes. Y tantos otros reclamamos un hueco en la serie, en la desenfrenada y disciplinada cohorte de los expedicionarios a tierra extraña. Por mejor decir: a tierra propia.



Miralda: *Plato de Madrid* (2002)